





ADIÓS A UN TIEMPO



Pío Moa

# ADIÓS A UN TIEMPO

ÁLTERA  
EDICIONES

Primera edición: septiembre de 2023

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Pío Moa

© Portada: Laura Moa Sandoval

ISBN: 978-84-127117-2-1

ISBN digital: 978-84-127117-3-8

Depósito legal: M-28933-2023

Ediciones Áltera

C/Luis Vives 9

28002 Madrid

autores@edicionesaltera.com

www.edicionesaltera.com

Impreso en España





## PRESENTACIÓN

Siempre me asombró el misterio del tiempo, que sin descanso crea y destruye, saca nuestras vidas de alguna sustancia inasible a nuestro entendimiento y las devuelve a ella, forja la realidad y la disuelve. Contar nuestras vidas debe de ser un intento de permanecer en esa realidad que día a día, minuto a minuto, se va transformando hasta desaparecer. Todos relatamos a veces la propia vida, oralmente o por escrito, pese a que, paradójicamente, sabemos de ella menos de lo que imaginamos, aun sin contar las lagunas de la memoria, intencionadas o no (baste notar los distintos recuerdos que tienen unas personas y otras de los mismos sucesos). Aquí lo hago solo en retazos que espero resulten significativos. Omito episodios especialmente duros, que también forman parte de mi biografía, como la réplica que dimos el 1 de octubre de 1975 a las últimas ejecuciones del franquismo, consideradas entonces por casi todo el mundo un crimen brutal de Franco y que hoy valoro de muy distinta forma; o los secuestros de Oriol y Villaescusa y otros parecidos. No los incluyo porque el carácter de este libro de recuerdos es muy distinto y no he querido politizarlo en exceso ni convertirlo en un libro de historia. De todas formas, el lector curioso puede encontrar relatos detallados de esos hechos en mis memorias de la época, *De un tiempo y de un país*, y en el último capítulo de *Los crímenes de la Guerra Civil*, titulado precisamente *Un coletazo de la guerra*.

En 2006 comencé en *Libertad Digital* una serie de «recuerdos sueltos» que tuvieron buena aceptación entre los lectores. Son evo-

caciones personales, algunas humorísticas, otras menos, a las que he procurado relacionar con hechos más generales, como destellos de una época. Aquí los expongo sin orden cronológico, aproximadamente como salieron en el periódico. Los saltos en el tiempo no despistarán al lector, aunque le obliguen en pequeña medida a reenfocar aquí y allá su atención.

He aprovechado para introducir en la segunda parte una crónica de viaje por Las Hurdes y trozos sueltos de mis memorias del PCE(r)-GRAPO, que titulé *De un tiempo y de un país*, alternándolos con otros de *Viaje por la Vía de la Plata*. Los dos libros están agotados, aunque espero reimprimirlos.

El tiempo referido aquí se extiende desde el franquismo, en el que transcurrió mi niñez y juventud, hasta años recientes. La sociedad ha cambiado mucho, a veces a mejor y a veces a peor, diría que en conjunto más a peor que a mejor. Puede pensarse que esa sensación proviene de haber empezado el siglo actual ya con cincuenta y dos años, y de la tendencia a idealizar la juventud y la infancia, pero creo que no es mi caso, nunca he sentido que «cualquiera tiempo pasado fue mejor», con perdón del gran Jorge Manrique.

Como fuere, estas memorias asistemáticas no pretenden comparar el hoy con el ayer, ese es aquí un problema ajeno. Son recuerdos muy personales, insisto, aunque de ellos se escape, o eso espero, algo así como un aroma del tiempo ido, que otros puedan captar. Supongo que muchos, también jóvenes, podrán identificar e incluso identificarse con aquel pasado y también con el reciente hoy, en rápido cambio.

# I PARTE



## FLAN CON NATA

A cierta edad van siendo muchos más los recuerdos que las expectativas. Algunos días la cuesta abajo se nos hace más patente, y con cualquier motivo la memoria recupera sucesos quizá muy lejanos, como islotes que surgen de pronto con fuerza en un mar de vaguedades. *Je me souviens / des jours anciens / et je pleure*. O sin llanto, da igual; es la impresión de un pasado ido sin vuelta ni corrección posible.

Hace unos días fui a comer a un restaurante chino con mi mujer y mi hija. Al terminar pedí un café irlandés y me lo trajeron con mucha nata. Mi hija había pedido un flan, y, como le gusta la nata, cogió bastante de mi copa. Al ver su flan con nata me vino a la cabeza que eso solía tomar de postre Juan Carlos Delgado de Codes. El nombre no dirá hoy nada a la mayoría, pero sonó mucho a finales de los años 70.

En marzo de 1974, tras haber pasado unos meses trabajando en los astilleros de Bilbao, volví a Madrid para integrar la comisión encargada de reorganizar la OMLE (Organización de Marxistas-Leninistas Españoles), después de unas «caídas» desastrosas. Las redadas se habían extendido a Madrid desde varias ciudades andaluzas y alcanzado a la misma dirección del grupo, parte de la cual decidió ponerse a salvo en París y en Bruselas, a fin de asegurar la continuidad en cualquier caso.

Estábamos en el comité, entre otros, Delgado y yo. Faltos de casa segura, pernoctamos durante una o dos semanas en un bajo cerca de Aluche. Había peligro de que el piso estuviera cantado a la

policía, porque había sido detenida la chica que lo había alquilado para instalar en él una multicopista, y por eso nos acercábamos con sigilo ya de noche, dormíamos sin encender la luz y evitando hacer ruidos, y lo dejábamos muy de mañana.

La mujer de Delgado también estaba detenida. Poco después alquilamos un piso en el barrio de Batán. Delgado tenía una buena documentación falsificada, y cuando fue a la agencia a firmar el contrato, el dueño resultó ser un teniente coronel de la Guardia Civil destinado en otra ciudad. Con buen criterio, decidimos seguir adelante. El piso estaba en una colonia de policías o militares, y calculamos que no nos buscarían precisamente en la boca del lobo. Vestíamos «con corrección» para no levantar sospechas, y ante el portero pasábamos por periodistas. Una ventana daba al tejado de una nave industrial o almacén, ofreciendo una posible vía de escape en caso de apuro.

No madrugábamos, y sobre las diez íbamos a desayunar a una cafetería enfrente de la estación de metro, leíamos el periódico y comentábamos las noticias. Luego, como cada cual tenía sus tareas —ya lo he contado en mis memorias de entonces, *De un tiempo y de un país*—, nos separábamos y quedábamos para comer, a eso de las dos y media o tres, en algún restaurante poco caro de la calle Malasaña, muy cerca de la de San Bernardo: el *Bolívar* o *La Glorieta*. Siguen existiendo, y parecen haber prosperado.

Allí quedábamos también muchas veces para cenar. Pedíamos platos baratos, y la comida nos salía por unas cincuenta pesetas (treinta céntimos de euro); algo más a él, porque acostumbraba a pedir de postre flan con nata, una pequeña debilidad. Lo hacía con un leve sentimiento de culpa, por el derroche. En fin, nos hicimos buenos amigos.

Delgado, nacido en Segovia, había vivido unos años en Cádiz mientras estudiaba Náutica. Tras evolucionar hacia el marxismo, había trabajado en los astilleros, convirtiéndose en el principal dirigente de la OMLE en Andalucía. Tenía gran vitalidad e iniciativa, y un sentimiento muy romántico de la lucha revolucionaria. Un día

tropezó en la calle con un antiguo compañero del bachillerato, de familia aristocrática, que sabía algo de sus andanzas, y me contó con satisfacción: «Me dijo: “No sabes cómo os envidio. Vosotros hacéis lo que queréis, en cambio, yo... La mujer, el trabajo...”».

Delgado había conseguido las primeras armas de la organización después de que fracasáramos en el intento yo, Pérez Martínez y Cerdán Calixto, por orden cronológico. Las armas, o la mayoría de ellas, habían sido capturadas por la policía en las últimas redadas.

El nombre de Delgado saltaría a todos los medios de comunicación en abril de 1979, casi dos años después de mi expulsión del grupo, ya transformado en PCE(r)-GRAPO. Yo vivía, aún clandestino, en una buhardilla cercana a la plaza de Lavapiés. Estaba escribiendo a máquina, poco después de mediodía, cuando mi compañera de entonces, subió de alguna compra diciendo que en la plaza había corrillos comentando un tiroteo: la policía había herido o matado a alguien, al lado de un banco. «Algún atracador», pensé, pero ella venía muy nerviosa, como presintiendo algo, y puso la radio. Al poco tiempo oímos la noticia, repetida una y otra vez por los locutores a lo largo de la tarde: Delgado había muerto a manos de la policía al intentar huir de una encerrona.

Sufrí una conmoción y una sensación de vacío y de absurdo. Para entonces empezaban solamente mis dudas sobre la bondad del marxismo como explicación del mundo y como impulsor de alguna redención humana. Pues lo peor del terrorismo —«lucha armada», lo llamábamos— no está en los métodos, sino en los objetivos: de triunfar, convertiría a las naciones en cárceles, y así lo ha hecho una y otra vez. Y quizá peor que quien dispara, arriesgándose, es el político o el periodista que, sin peligro, trata de sacar tajada del crimen, lo condena pero lo justifica, obstruye la ley y confunde a la opinión pública con mil sofismas.

Uno o dos años más tarde, ya bastante desengañado de aquellas ideas, llegué un día a Sepúlveda después de haber seguido a pie el río Duratón desde Peñafiel. En Sepúlveda hay un restaurante

llamado Casa Paulino, donde habíamos comido cordero varios «revolucionarios profesionales» del PCE(r), entre ellos Delgado, a finales de 1975, poco después de la muerte de Franco. Ahora pienso si él pediría aquel día su flan con nata, pero no lo recuerdo. Bien, fui allí a comer otra vez cordero, rememorando con melancolía la anterior ocasión. Algún tiempo después localicé la tumba del viejo camarada y amigo en el cementerio de Segovia. ¿Qué hace un ateo en tales circunstancias? No iba a rezar, gesto ritual quizá consolador, de significado tan imprecisable...

Nada queda, o nada parece quedar, de aquella historia que fue el hombre; ni siquiera en la memoria, tan efímera y parcial, de quienes lo conocieron. Solo materia orgánica en descomposición bajo la losa. ¿Y por qué alguna vez esa materia tuvo un aspecto tan distinto y obró como lo hizo? ¿Para qué? Nuestra mente sabe hacerse las preguntas, no contestarlas.

*Libertad digital, 23/12/2005*

## LA SIRENITA DE COPENHAGUE

Repasando el manuscrito de un libro de viajes por la Vía de la Plata, escrito a finales de los años 80 y que quizá publique el próximo, encuentro este trozo:

El caminante, sentado en la plaza de Las Monjas, pensó que bien podía salir ya hacia La Rábida. El aire se iba impregnando del tufo dulzón y un poco nauseabundo de la celulosa torturada en alguna fábrica cercana. El caminante tomó el macuto y abandonaba el sitio, echando atrás una mirada distraída, cuando se dio cuenta, con sorpresa, de que los muchachos que pintaban en el suelo no le habían traído a la memoria cómo había hecho él lo mismo, veinte años atrás, en Copenhague y otros lugares. Tenía entonces dieciocho años y le había dado por vagabundear un poco. Sus colegas de ahora, en Huelva, solo le habían despertado una curiosidad lejana y ninguna solidaridad... No les había dado cinco miserables duros.

En Copenhague, saliendo de cerca del ayuntamiento, había una calle estrecha y larga, llena de tiendas, peatonalizada a partir de las diez o las once de la mañana. Estaba llena de turistas y de jóvenes que se ganaban unas coronas pintando en el suelo o cantando o tocando la guitarra, solos o en grupos. Era un espectáculo permanente. Un francés se especializaba en pintar algo parecido a vidrieras góticas, bastante fáciles pero muy

llamativas, y ganaba lo bastante para industrializarse: hacía con rapidez varias pinturas y dejaba a algunos paisanos suyos al cargo de ellas, a comisión. Usaba sombrero de copa y firmaba *The milord of the street*.

Había entre los artistas bastantes *beatniks* (era en 1966 y los *hippies* saldrían al año siguiente de California). Vestían desastradamente y consumían marihuana u otras drogas. Muchos recibían cheques de sus casas y vivían sin apuros. Los comerciantes de la calle estaban furiosos, pues la gente se quejaba, miraba a las pinturas y no los escaparates. Para impedirlo echaban gasolina o alguna sustancia grasa sobre el asfalto, lo cual impedía pintar. Hubo un pequeño revuelo y los *beatniks* protestaron en masa —no mucha masa— cantando la cansina canción *We shall overcome*. Después de todo, afrontaban y afrentaban a la burguesía. El conflicto salió en la prensa y en la televisión locales, me parece.

Otros *beatniks* andaban efectivamente a dos velas, como yo mismo. Había entre ellos algunas chicas, pero la gran mayoría eran varones, por lo que la impresión de promiscuidad sexual que transmitían tenía más de apariencia que de realidad. Me uní a la banda, sin entusiasmo. La mayoría iba al atardecer a la estación de ferrocarril, a dormir en los bancos hasta que la cerraban, a eso de medianoche. Una noche en que la policía nos echó sucesivamente de la estación y de un camión aparcado, donde nos hacinábamos, me di cuenta de la insalubridad de aquella vida, y de la conveniencia de hacerme un hombre de provecho.

Al día siguiente compré unas tizas de colores y volví a la calle famosa. Como cantante no tenía el menor futuro, no sabía tocar la guitarra ni ningún instrumento; como pintor nunca había sido gran cosa, o, más propiamente, nada de nada, pero pensé con optimismo que los había peores en el lugar. Copié de alguna postal, poniendo al lado la indicación «Estudiante español» y la palabra «gracias» en seis o siete idiomas. Algo gané, bastante para tomar una habitación alquilada por una buena señora, que también me daba un desayuno con café a discreción.

Duchado y algo alimentado, ya era otra cosa. Volví al trabajo en días sucesivos. Unos chavales de Barcelona que pasaban por allí me ayudaron. Habían hecho Bellas Artes y uno de ellos pintó una «taberna española» con flamenco y demás, y me dejó explotar el cuadro. Se notaba la profesionalidad y el rendimiento fue excelente.

Los barceloneses estaban decepcionados: ya no se ligaba como antes. Ellos habían estado por allí unos años atrás, cuando el mero hecho de tener pelo oscuro llamaba la atención de las vikingas y se entablaba relación fácilmente. Ahora, en cambio, llegaban en manada los latinos y los moros... La competencia se había vuelto dura y las chicas indígenas más precavidas. Yo no conocí a ninguna, en ningún sentido, durante el mes que pasé allí.

Tuve relación, en cambio, con dos alemanas unos años mayores, y ciertamente más expertas. Recuerdo una excursión de estudiantes franceses que bajaban de un autobús e iban adelantando el éxito esperado con las escandinavas, porque los franceses, ya se sabe, «hacemos muy bien el amor». El comentario me pareció gracioso.

Cuando los catalanes se fueron, a los dos días, mi negocio callejero decayó, y entonces opté por la especialización: copié una postal de la *Sirenita* del puerto (unos gamberros le habían arrancado la cabeza unos meses antes, por cierto). Con el paso de los días me fue saliendo mejor, y no solo me dio para vivir, sino para ahorrar y viajar sin demasiada incomodidad hasta Inglaterra.

Guardo agradecimiento a la sirenita, pues en otras ocasiones me permitió salir de apuros en mis vagabundeos, en Hamburgo, Ostende, Torremolinos o Lisboa, que ahora recuerde. Durante años podía dibujarla de memoria. Lo he intentado ahora y ya no me sale bien.

Hace algún tiempo vi a dos siberianos de mediana edad en una calle de Pamplona que tocaban al acordeón canciones rusas. Me di cuenta de las limitaciones de mi educación. ¿Por qué no habría aprendido a tocar el acordeón cuando era joven? Habría aprendido también canciones rusas, quizá tangos y pasodobles, o algunas

melodías de París, y habría recorrido así medio mundo durante un par de años, en la resistente juventud. ¡Ah, tantas cosas hay que uno desearía haber hecho!

*Libertad digital, 6/1/2006*

## LAS NIÑAS YA NO CANTAN

Hace unos años, cuando mi hija tenía cinco, la llevé a la Plaza de Oriente, y mientras ella jugaba en la zona infantil me puse a leer el periódico. De pronto me acometió una sensación de extrañeza, cuya causa tardé un rato en desentrañar: los niños jugaban, o más bien hacían ejercicio en toboganes y aparatos, ¡pero no cantaban! Me vino a la cabeza la vieja copla: «Aquella tarde clara / yo no vendí mis violetas / en la Plaza de Oriente / ni escuché aquel romance / que los niños cantaban / en redor de la fuente...».

¡Cuántas canciones infantiles habrán escuchado los jardines de la Plaza de Oriente, generación tras generación! Pero ya no. En casi todas partes la televisión y el mero ejercicio físico han sustituido a aquella auténtica cultura espontánea, llena de color e ingenua poesía, que pone un tinte muy especial, algo melancólico, en los recuerdos de cualquiera de mi edad.

Aunque quienes cantaban realmente eran las niñas. Pensándolo, me doy cuenta de que los juegos de niñas, muy variados y a menudo muy movidos, se realizaban en pequeños espacios e iban casi siempre acompañados de canciones y de un animado intercambio verbal. Los de niños solían exigir espacios mucho más amplios, eran menos verbales y más activos, y no solían incluir canciones. Si cantábamos, lo hacíamos ex profeso, generalmente cantinelas estrafalarias como «En el puerto había / vaya un tostón / había un marinero...», u obscenas, cuyo sentido percibíamos confusamente, como una que tenía por estribillo ¿Qué te parece, cholito?, quizás de origen peruano. Los juegos cambiaban con las estaciones

y a veces eran violentos. Aparte del universalizado fútbol, me viene a la memoria «huevo, pico o araña», bastante bruto y divertido, o «cinco minutos de risa», consistente en encerrarse en un portal a oscuras y liarse a tortas indiscriminadamente; o las «batallas» a pedradas entre los de una calle y los de otra, de las que coseché varias escandalosas heridas en la cabeza. En los abundantes descampados de Vigo solíamos jugar a «polis y cacos» o a «indios apaches y *sious*». Los vaqueros quedaron excluidos desde que un compañero nos informó de que eran los malos, pues habían ido a quitarles la tierra a los indios; además, nosotros mismos hacíamos las lanzas, arcos, flechas y cerbatanas; lo que no podía decirse de un revólver. También nos divertía invadir fincas para llevarnos fruta y ser perseguidos por los *jebos*, *jichos* o *fulanos*, como llamábamos a los dueños. Otros entretenimientos resultaban más tranquilos, como las canicas, los trompos o *pai, fillo e nai*, o sea el tres en raya. Aun descontando ciertos salvajismos no recomendables, los juegos de entonces eran más variados y autónomos que los de ahora, o esa impresión tengo. En los patios de las escuelas los chicos suelen dedicarse al fútbol y las chicas a la comba, y luego está la televisión, los videojuegos y juguetes complicados.

A veces niños y niñas jugábamos juntos, pero no con frecuencia. Una chica, *Mari*, algo marimacho, solía venir con nosotros y algunos hacían «cochinadas» con ella; y un chico, *Nené*, prefería ir con las niñas. Cuando Nené estaba con nosotros, le gustaba jugar a bandidos que raptaban a una princesa, y él quería ser la princesa. Me han dicho, no sé si será cierto, que de mayor se ha hecho pedagogo de ideas avanzadas, y predica que a los niños se les acostumbra a jugar con muñecas y a las niñas con mecanos, a fin de fomentar la igualdad y prepararlos para el mundo que viene.

Una reflexión me ha traído algunos recuerdos, ustedes disculpen. En fin, los tiempos cambian. Unas veces a mejor, otras a peor.

*Libertad digital*, 24/2/2002